



Año XII

Ponce, Puerto Rico, Enero 25, 1924

Núm. 14

UNA RESOLUCIÓN

Para los trescientos sesenticinco días del año.

Trataré de vivir en este día una vida sencilla, sincera y tranquila; repeliendo prontamente todo pensamiento de ansiedad, descontento, impureza, desaliento y egoísmo; cultivando el buen humor, magnanimidad, caridad y el hábito del silencio santo; ejercitando la economía en el gasto, el cuidado en la conversación, la diligencia en el trabajo definido, la fidelidad en lo que me ha sido confiado y una fe de niño en Dios.

Obispo John H. Vincent.

Hogar y Escuela

Dirigido por Abelardo M. Díaz Morales

EL HOGAR.

Capítulo I.

IMPORTANCIA Y ORIGENES HISTORICOS DEL HOGAR.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

“La condición moral de un pueblo depende principalmente de la educación de la familia.”—S. Smiles.

No encuentro un tema más profundamente humano ni más esencialmente religioso que éste.

Su importancia es incalculable, pues bien sabido es que el hogar es la fuerza constante y predominante que forma el carácter del hombre, conduciéndole, unas veces, a gozar de la luz que dora las altas cumbres y otras, a sumergirse en las tinieblas que reinan en los profundos abismos del alma humana. Un hogar bueno es al mundo moral lo que la palanca de Arquímedes al mundo físico. Decía este sabio de la antigüedad: “Dadme una palanca y un punto de apoyo, y levantaré al mundo.” Parodiándole digo solemne y sinceramente: Dadme hogares apoyados en una conciencia ilustrada y recta, y yo os elevaré la sociedad entera.

Un hogar santo santifica al ser más perverso, y un hogar perverso pervierte al ser más santo.

Es inmensamente triste que nuestro país desconozca la trascendencia del hogar. Por esto, pierde miserablemente el tiempo buscando su dicha, o la realización de su destino, en la solución de los tan debatidos problemas políticos y étnicos.

La salvación de nuestro país no vendrá como consecuencia de una alianza tradicional con España, ni tampoco de un decreto del Congreso de los Estados Unidos, otorgando la independencia o el estado; no, mil veces no, porque su salvación únicamente depende de la sabia formación de sus hogares con lo mejor del espíritu y de las costumbres de España y con lo mejor de las costumbres y del espíritu de los Estados Unidos. Tenemos que buscar nuestro porvenir, no en la bulliciosa y aristocrática Madrid, ni en la tranquila y democrática Wáshington, sino aquí en nuestra propia patria, en nuestra querida casa criolla. No es cuestión de españolización ni de americanización, sino de cristianización.

Debemos convencernos, de una vez para siempre, que el hogar es el ideal más alto que el hombre puede realizar en la tierra que Dios le da, ora se considere como la simiente de la sociedad, ora se conceptúe como el fruto de ésta. Reconciliando estas dos ideas, me parece que el hogar es el punto de partida y el punto de llegada del carro del progreso social, la base y el vértice de la gran pirámide humana, el alfa y la omega de la verdadera civilización. Por eso la Biblia señala su asiento en la cuna de la humanidad, mientras los sociólogos evolucionistas lo descubren en los siglos correspondientes a la gloriosa Era Cristiana.

El verdadero concepto del hogar se debe, en la antigüedad, al pueblo judaico, quien en su templo y en sus

sinagogas enseñó la religión del cielo y en sus hogares la religión de la tierra, el culto santo de la familia. El hogar romano se hizo notable por el lujo; el hogar griego, por el arte; y el hogar hebreo, por la pureza de las costumbres. Pasando el tiempo, predominó el concepto pagano de la familia, con grandísimo detrimento de la moral. Pero Dios educa la humanidad, no sólo por medio de hombres, sino también por medio de naciones. Así, pues, la misión de Roma es enseñar el derecho; la de Grecia, difundir la filosofía; la de Israel, inculcar el monoteísmo. El griego es el instrumento del pensamiento y del buen gusto; el romano, de la justicia; el judío, de la unidad de Dios. Mas ¿a qué pueblo ha correspondido en nuestra era la misión de proclamar la santidad y la grandeza del hogar? Sin duda, al pueblo sajón, a los descendientes de esa raza privilegiada que llevaba en su cabeza un sol, en sus ojos un cielo y en sus mejillas una rosa. De una gente tan bella salió naturalmente una institución bellísima: el hogar. Para el alemán, el inglés y el norteamericano, el reducido espacio en que se congregan con sus fieles esposas y obedientes hijos, leyendo la Biblia y narrando las hazañas de sus gloriosos antepasados, vale más que todos los dominios del antiguo Czar de las Rusias. El hogar, para el sajón, es su teatro, su ateneo, su imperio, su club favorito; en una palabra, su paraíso. Por él lucha y para él trabaja. Mejorarle de día en día es su aspiración constante. Hacerlo digno de Dios y de su amada familia es el sueño más dulce de corazón.

Hecha esta larga introducción, entraremos en materia.

MI CREDO ACERCA DEL MAESTRO.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

(Afectuosamente dedicado al señor Francisco Rodríguez López, Inspector General de Agricultura.)

Creo en el maestro que ama a Dios sobre todas las cosas y su discípulo como a sí mismo.

Creo en el maestro que nace para instruir y educar, dentro de la escuela y fuera de la misma, con la naturalidad y constancia con que el pez nada y el pájaro vuela.

Creo en el maestro que ama tanto a su trabajo, que se olvida del reloj que tiene delante.

Creo en el maestro que lee, con atención y provecho, el instructivo libro que sale de las manos del hombre, pero especialmente lee y relee, con interés profundo y amor creciente, el libro misterioso y trascendental que sale de las manos de Dios, y que llamamos niño.

Creo en el maestro que posee suficiente entereza de carácter para no doblegarse jamás ante los halagos encantadores o las amenazas furiosas de los hombres y de las colectividades, pero que al mismo tiempo es tan humilde, que confiesa sus errores y pide perdón a sus discípulos por las faltas que él ha cometido.

Creo en el maestro que es un artista original, y no un mero artesano rutinario.

Creo en el maestro que es un apóstol de la educación y no un simple ganacheques.

Creo en el maestro que inculca la moral más por lo que es que por lo que dice, teniendo presente las palabras áureas del más grande de los maestros portorriqueños que se llamó Eugenio María de Hostos: “Bien predica quien